

JUAN MANUEL DE PRADA

EL SILENCIO DEL PATINADOR

VALDEMAR

ÍNDICE

7	LAS MANOS DE ORLAC
21	SEÑORITAS EN SEPIA
35	SANGRE AZUL
49	LAS NOCHES GALANTES
65	LAS NOCHES HEROICAS
85	VÍSPERAS DE LA REVOLUCIÓN
97	HOMBRES SIN ALMA
113	EL SILENCIO DEL PATINADOR
131	CONCIERTO PARA MASONAS
145	LA EPIDEMIA
157	EL GALLITO CIEGO
177	GÁLVEZ

LAS MANOS DE ORLAC

*Midas, sin medir lo peligroso de su petición, le rogó
que todo cuanto él tocase se convirtiese en oro.*

OVIDIO

Yo, por entonces, creía que los estranguladores sólo existían en las películas. En los cines modestos de barrio, entre crujidos de carcoma y cáscaras de pipas, en aquellas mañanas inciertas de los domingos, pobladas de sobresaltos, había visto aparecer a Peter Lorre sobre una pantalla iluminada de imágenes en blanco y negro, desempeñando su papel de científico tarado, y lo había visto afanarse en su quirófano de azulejos sucios, bisturí en mano, injertando las manos de un asesino en las muñecas (o muñones) de un joven pianista que había perdido las suyas, arrancadas de cuajo en un accidente que la elipsis cinematográfica o la censura, tan benévolas ambas, habían eliminado de la película. Las manos del asesino, trasplantadas al cuerpo del pianista, cobraban una vida autónoma, suplantaban a su nuevo dueño y lo empujaban a un itinerario atroz de crímenes, bajo la mirada atenta o consentidora de un Peter Lorre que sonreía con una sonrisa pérfida (había un diente de oro que le asomaba entre los labios) y que, a la postre, moría estrangulado por esas mismas manos que él había trasladado de un cuerpo a otro, en una moraleja que pretendía restaurar el orden de las cosas. *Las manos de Orlac*, se titulaba aquella película, que ya para siempre iba a poblar mis pesadillas con el aroma póstumo y sublime del miedo, ese aroma que nos inquieta y gratifica y embriaga, dulce como un

pecado, ese aroma que nos perfuma la infancia y nos hace crecer entre fantasmas y placeres dilatados.

De pronto, empezaron a decirnos por la radio que los estranguladores también nacen o se crean en ese otro mundo, tan parecido a una película sin argumento, que los adultos llamaban realidad. Se había escapado del manicomio un loco con tendencias homicidas, y nadie conocía su paradero. El manicomio se levantaba a las afueras de la ciudad, en un paisaje de escombros y rieles oxidados; era un edificio de arquitectura sombría, monótono de ventanas e inquilinos que se asomaban a esas ventanas para promover altercados, intentos de fuga o meros suicidios. Muchos otros internos habían logrado burlar la vigilancia de sus celadores y se habían arrojado a la vía, o habían huido en un tren sonámbulo, rumbo a ninguna parte, y hasta entonces nadie se había preocupado de ellos (ni de su destino ni de sus posibles fechorías), por eso me sorprendió doblemente ese clima de inquietud que, desde la dirección del manicomio o desde la comisaría o desde los micrófonos de la radio, se nos intentaba inculcar (interrumpían el serial de *Diego Valor* para intercalar anuncios gubernativos que prometían recompensas fastuosas a cualquiera que atrapase al prófugo o proporcionase alguna pista sobre su escondrijo). Para la población deseosa de anécdotas pintorescas o macabras, para esa multitud crédula de señoras y tenderos y criadas de servir y niños que se resisten a ingerir su comida, los periodistas, en complicidad con las autoridades, le habían adjudicado al presunto estrangulador (como si no le bastase al pobre con haber extraviado su cordura) un pasado más o menos exótico de amores no correspondidos, preferencias pederastas y hábitos agravados de nocturnidad y alevosía. Aseguraban sus persecutores que el estrangulador

lador, aquel Orlac redivivo, aunque de común pacífico y hasta melindroso, sufría por la noche una especie de enajenación o metamorfosis (quizá los efluvios lunares lo propiciasen) que lo impulsaba a estrangular niños y muchachas núbiles. En su labor homicida (pero todavía no se había inaugurado su lista de víctimas: la alarma, una vez más, se anticipaba a los hechos), el estrangulador se cuidaba mucho de no dejar huellas ni vestigios sangrientos, y para ello se enfundaba unos guantes de goma que acrecentaban aún más si cabe su aspecto pavoroso o hilarante, guantes de color rosa, para más señas, como los que empleaba mi madre para fregar.

Precisamente fueron las madres quienes, guiadas por un instinto de credulidad o estulticia, favorecieron la leyenda del estrangulador, imponiéndonos la obligación de regresar a casa antes del crepúsculo, o prohibiéndonos frecuentar los arrabales, los parajes más agrestes, los túneles donde cada noche se incubaba la pesadilla, esos rincones de la ciudad apenas entrevistos que nos atraían y aureolaban y nos permitían degustar, casi por primera vez en la vida, el placer culpable de quienes infringen una norma de urbanidad o un mandamiento divino. Precisamente porque los túneles podían albergar al estrangulador, nos reuníamos allí los chicos de mi pandilla, en esa geografía inhóspita de hormigón que tenía algo de ruina paleolítica o cueva donde sobrevive un dinosaurio. Huíamos de casa, embalsamados de silencio, nos pavoneábamos por las calles desiertas, como reclamos para ese hipotético estrangulador que nunca nos estrangulaba, y nos congregábamos en los túneles, entre paredes que nos transmitían todo el calor húmedo del planeta, entre charcos de agua podrida y orín en los que chapoteábamos, sólo por el gusto de ensuciarnos. Allí, en los huecos sustraídos a la

tierra, surcados por vías que temblaban antes de acoger el traqueteo del tren, como niños terribles de Cocteau o buscadores de un Santo Grial inaccesible, fumábamos cigarrillos que sabían a hierbas medicinales (cigarrillos como bálsamos que nos apaciguaban el pecho, cigarrillos que nos ensanchaban los pulmones y facilitaban nuestro crecimiento), y nos masturbábamos en cuadrilla, con ese fanatismo deportivo de a ver quién termina antes, y orinábamos sobre los charcos de agua podrida (el chorro resonaba sobre la bóveda de hormigón, con un espesor de semen marchito), antes de que pasase por allí el expreso de Irún, aquel tren antiguo, aparatoso como el dinosaurio que le faltaba al túnel, que nos ponía en el corazón el primer infarto de nuestra vida, un infarto lírico que nos acompañaría ya siempre, una borrachera de estruendo que circularía por nuestras venas, mezclada con la sangre y la saliva de los primeros besos.

A Cristina le gustaba reunirse de noche con nosotros, chicos de barrio, en los túneles frondosos de humedad y escalofríos, para contarnos las últimas noticias o rumores o fábulas acerca del estrangulador. Cristina era hija del comisario de policía, y conocía los detalles del asunto mejor que su propio padre (al menos, poseía mejores dotes narrativas), sobre todo si eran detalles truculentos o decididamente sádicos, que eran los que a nosotros nos interesaban. Cristina nos hablaba con una familiaridad que nacía de la malicia o la inconsciencia (esa misma malicia o esa misma inconsciencia que la llevaban a juntarse con nosotros en los túneles), y exageraba los desmanes y los atributos físicos del estrangulador. Tenía una belleza blanca, caligráfica y exenta de senos, como de ángel prerrafaelista, que contrastaba con su perversidad casi adulta.